



CAPÍTULO UNO





OPRESIVAS COMO EL COMA, FRÁGILES COMO UNA FLOR,
LAS INSINUACIONES DE TU AMANECER INVERSO
IMPREGNAN EL SER; CADA UNA DE TUS CÉLULAS SE
CONVIERTE EN DUENDE.

MIRNA LOY

"MOREOVER, THE MOON", THE LOST LUNAR BAEDEKER



*K*aye avanzaba girando como una peonza sobre los desgastados tablonces grises de la pasarela. El aire era denso y despedía el penetrante olor de los mejillones puestos a secar y la corteza de sal que cubría los malecones. Las olas se arrojaban contra la orilla y, a medida que regresaban lentamente hacia el mar, arrastraban arena y grava entre la espuma.

La Luna emitía un pálido resplandor desde lo alto, mientras que el Sol estaba a punto de desaparecer.

Kaye pensó que era estupendo poder respirar aquel ambiente. Adoraba la serena brutalidad del océano, la energía que la embargaba cada vez que aspiraba el aire, húmedo y salobre. Volvió a girar sobre sí misma, ya algo mareada, sin importarle el hecho de que el vuelo de su falda dejase al descubierto las medias negras, que le llegaban hasta los muslos.

—¡Basta ya! —le gritó Janet mientras saltaba por encima de la cuneta, atiborrada de hojas, de la calle que discurría junto a la pasarela de madera. Estuvo a punto de perder el equilibrio a causa de sus altos zapatos de plataforma plana. Su maquillaje nacarado relucía bajo la luz de las farolas. Expulsó una bocanada de humo azulado que dibujó en el aire figuras fantasmagóricas; entonces, dio otra calada al cigarrillo—. Te vas a caer.

Kaye y su madre llevaban más de una semana viviendo en casa de su abuela y aunque Ellen insistía en que pronto se marcharían, la muchacha sabía que no tenían adónde ir. Pero se alegraba. Le encantaba la vieja casa familiar, llena de polvo y de bolas de naftalina. Le gustaba que el mar estuviese tan cerca, y que el aire no le irritase la garganta.

Los hoteles baratos frente a los que pasaban Janet y Kaye llevaban tiempo cerrados y abandonados, y las piscinas estaban vacías y agrietadas. Incluso los centros comerciales habían cerrado sus puertas, y todavía podían verse letreros con precios a través de los sucios escaparates. Sobre la fachada de un establecimiento desmantelado había unas marcas de óxido que esbozaban las palabras “Dulce de azúcar”.

Janet metió la mano en su diminuto bolso y sacó una barra de brillo de labios con sabor a fresa. Kaye llegó a su lado dando vueltas, con su abrigo de imitación de leopardo batiendo en el aire y una carrera en las medias. Tenía las botas húmedas, con pegotes de arena.

—Vayamos a nadar —propuso Kaye.

El aire de la noche la embriagaba, la hacía arder como la Luna incandescente. Se percibía un olor húmedo y salvaje, como el que suele preceder a las tormentas, y Kaye deseaba correr, ágil y entusiasta, más allá de los confines de su vista.

—El agua está helada —replicó Janet con un suspiro—, y tu pelo tiene un aspecto desastroso. Kaye, cuando lleguemos tienes que parecer presentable. No debes mostrarte excéntrica. A los chicos no les gustan las excéntricas.

Kaye se quedó quieta y pareció escuchar atentamente. Sus ojos, perfilados de negro, miraban a Janet con recelo.

—¿Qué aspecto debo mostrar?

—No me refiero a un aspecto determinado. ¿Es que no quieres ligar con un chico?

—¿Por qué habría de querer? Vayamos a buscar íncubos.

—¿Íncubos?

—Sí, demonios... —Kaye bajó el tono de voz con aire conspirador—. Se pueden encontrar con más facilidad nadando desnudo en el océano Atlántico. Y una semana antes de Halloween, mucho mejor que en cualquier otra ocasión.

Janet puso los ojos en blanco.

—¿Sabes a lo que me recuerda el Sol? —prosiguió Kaye.

Tan sólo quedaba una pequeña línea roja en el punto donde el mar y el cielo se encontraban.

—No. ¿A qué te recuerda? —se interesó Janet, al tiempo que le pasaba a su amiga el brillo de labios.

—Parece que fuera sangre derramada sobre el agua.

—¡Qué cosas dices!

—Y la Luna está observando. Observa cómo muere el Sol.

—Kaye...

Kaye soltó una carcajada y empezó a dar vueltas de nuevo.

—¿Por qué siempre te inventas cosas así? Eso es lo que yo llamo ser excéntrica.

Janet hablaba en voz alta, pero Kaye apenas podía oírla a causa del viento y de su propia risa.

—Vamos, Kaye. ¿Te acuerdas de aquellas hadas sobre las que contabas historias? ¿Cómo se llamaba...?

—¿Cuál de ellas? ¿Spike o Gristle?

—Exacto. ¡Te las inventabas! —exclamó Janet—. Siempre andas inventándote cosas.

Kaye dejó de girar, ladeó la cabeza y se metió los pulgares en los bolsillos.

—Nunca lo he negado.

La vieja barraca del tiovivo llevaba años prácticamente abandonada. Los ventanales rotos estaban divididos por angelicales rostros de plomo, rodeados por una corona de rayos. Todo el frente había estado acristalado, y ahora podía verse el suelo de tierra y la basura del interior. Allí había una rampa para monopatines fabricada de madera contrachapada, el único vestigio del intento por

utilizar la caseta con fines comerciales durante la última década.

Kaye escuchó voces que resonaban en el aire inmóvil y llegaban hasta la calle. Janet arrojó el cigarro al desagüe, que se apagó con un sonido silbante y de inmediato fue transportado por el agua, flotando en la superficie como si fuera una araña.

Kaye subió de un salto al reborde exterior de la caseta y pasó las piernas por encima. Hacía tiempo que la ventana había desaparecido, pero, al deslizarse hacia adentro, los restos de cristal que quedaban en el marco le hicieron otra carrera en las medias.

Las antaño intrincadas molduras del interior de la barraca aparecían cubiertas por gruesas capas de pintura. La rampa que ocupaba el centro de la estancia estaba llena de pintadas, carteles publicitarios de grupos musicales y garabatos hechos con bolígrafo. Y allí estaban los chicos.

—Kaye Fierch, te acuerdas de mí, ¿no? —dijo Doughboy con una risa ahogada. Era un muchacho alto y delgado.

—Creo que me arrojaste una botella a la cabeza cuando estábamos en sexto curso.

Doughboy se rió otra vez.

—¡Es verdad! Se me había olvidado. ¿Sigues enfadada?

—No —respondió Kaye, pero su talante alegre la había abandonado; se encontraba agotada y nerviosa.

Janet subió hasta lo alto de la rampa para monopatinés donde estaba sentado Kenny, que parecía un rey con su cazadora plateada y observaba lo que ocurría más

abajo. Atractivo, con pelo oscuro y ojos aún más oscuros. A modo de saludo, levantó una botella medio vacía.

Marcus le pasó a Kaye la botella de la que estaba bebiendo e hizo un gesto en broma, como si se la fuera a lanzar. Sobre la manga de la camisa de franela del muchacho se derramó un poco de líquido.

—*Bourbon*. Cuesta una pasta gansa.

Kaye forzó una sonrisa mientras sujetaba la botella. Incluso agachado, Marcus era muy corpulento. La piel oscura del cráneo le brillaba, y Kaye observó una marca donde probablemente se había cortado al afeitarse la cabeza.

—Te he traído algunas chucherías —dijo Janet a Kenny, y le ofreció palomitas caramelizadas y chicles de cacahuete.

—Te he traído chucherías —se mofó Doughboy con voz alta y chillona, mientras subía por la rampa—. Venga, dame a mí también —exigió.

Kaye recorrió a pie el perímetro de la estancia. Era magnífica, antigua y decadente; también muy hermosa. La lenta quemazón del *bourbon* en su garganta encajaba a la perfección con aquel lugar. Era el tipo de bebida que podría saborear un hombre vestido con traje de verano, siempre tocado con un sombrero.

—¿Qué clase de asiática eres? —preguntó Marcus.

El olor intenso y dulzón del cigarro de él casi hizo que Kaye se atragantase.

Dio otro trago de la botella e intentó hacer caso omiso de la pregunta.

—¡Kaye! ¿Me escuchas?

—Soy medio japonesa —respondió Kaye, y se llevó la mano al cabello, rubio como el de su madre. Era el color de su pelo lo que desconcertaba a la gente.

—¡Vaya! ¿Has visto los dibujos animados que hacen los japoneses? Salen chicas con coletas y todo ese rollo, vestidas con uniformes de colegio, con minifalda. Deberíamos tener aquí esos uniformes. ¿Los has llevado alguna vez?

—Cierra el pico, estúpido —terció Janet, riéndose—. Kaye fue a la escuela primaria con Doughboy y conmigo.

Kenny agarró a Janet por el cinturón y la atrajo hacia sí para besarla.

—Vale. Maldita sea —Marcus soltó una carcajada—. Anda, hazte unas coletas de esas, sólo será un segundo.

Kaye se negó con un gesto. No pensaba hacerlo.

Marcus y Doughboy empezaron a jugar dando patadas a una botella de cerveza vacía. Se la pasaban de uno a otro y el vidrio no se rompía, sino que emitía un sonido hueco. Kaye dio otro sorbo largo de *bourbon*. Notaba un agradable zumbido en la cabeza, y tarareaba al ritmo de una melodía de tiovivo imaginaria. Se adentró más en la oscura sala, hasta llegar a unos carteles viejos que anunciaban palomitas y cacahuets por cinco céntimos de dólar el paquete.

En la pared del fondo se veía una puerta destartalada, de color negro. Kaye la empujó y la puerta se abrió con cierta dificultad. La luz de la Luna que entraba por las ventanas de la sala principal sólo dejaba entrever una oficina con un viejo escritorio y un corcho en la pared,

donde aún seguían pinchados menús amarillentos. Kaye entró, a pesar de que el interruptor de la luz no funcionaba. Palpando en la oscuridad encontró el pomo de otra puerta. Ésta conducía a una escalera iluminada de manera tenue por la débil luz que llegaba desde arriba. Kaye subió con pasos lentos, mientras las palmas de las manos se le cubrían de polvo al deslizarlas sobre la barandilla. Estornudó ruidosamente, y al rato volvió a estornudar.

En lo más alto había una pequeña ventana iluminada por la Luna asesina que brillaba, madura y gigantesca, en el firmamento. En las esquinas se apilaban cajas con aspecto interesante. Entonces, sus ojos se posaron en el caballo, y Kaye se olvidó de todo lo demás. Era magnífico y relucía a causa de su color blanco nacarado y los diminutos pedazos de espejo que lo recubrían. La cara estaba pintada de rojo, púrpura y oro, e incluso tenía una fila de blancos dientes y una lengua coloreada de rosa que dejaba el hueco suficiente como para introducir un terrón de azúcar. Debían de haberlo abandonado, porque las cuatro patas y parte de la cola estaban destrozadas. En donde antes estuvieran las extremidades, colgaban astillas.

“A Gristle le habría encantado”. Kaye había pensado lo mismo en muchas ocasiones desde que se marchó de la costa, seis años atrás. “A mis amigos imaginarios les habría encantado esto”. Lo pensó la primera vez que vio la ciudad, iluminada como una Navidad interminable. Pero mientras Kaye residió en Filadelfia sus amigos nunca fueron a verla. Y ahora, con 16 años, se sentía como si la imaginación se le hubiera agotado.

Intentó enderezar el caballo sobre sus destrozados muñones. El animal se tambaleó, pero se mantuvo erguido. Kaye se quitó el abrigo a toda prisa, lo arrojó al suelo cubierto de polvo y, después, colocó al lado la botella de *bourbon*. Pasó una pierna por encima del lomo del corcel, se colocó sobre la silla de montar y apoyó los pies en el suelo para no caerse. Acarició las crines del caballo, talladas en forma de rizados dorados. Pasó la mano por los ojos pintados de negro y por las orejas desportilladas.

Kaye imaginó que el blanco corcel se elevaba, inestable, sobre las patas traseras. Los largos rizados de sus crines de oro se notaban frescos al tacto, y sentía el tronco del animal, cálido y real. Entrelazó los dedos entre las crines y se sujetó con fuerza, ligeramente alerta por una sensación de hormigueo que le recorría las piernas. El caballo relinchó suavemente, listo para saltar a las aguas frías y negras. Kaye echó la cabeza hacia atrás.

—¿Kaye? —una voz suave interrumpió su fantasía.

Kenny estaba de pie cerca de las escaleras y la miraba con ojos inexpresivos. Por unos instantes más, Kaye mantuvo su actitud arrebatada. Entonces, notó que las mejillas le ardían.

Bajo la luz tenue podía ver a Kenny con más claridad que en la planta inferior. En los lóbulos de sus orejas brillaban dos gruesos aros de plata. Su cabello corto de color canela estaba peinado con gomina y ligeramente ondulado, a juego con la incipiente barba. Bajo la cazadora, su estrecha camiseta blanca marcaba la clase de músculos de quien ha nacido con ellos.

Kenny avanzó hacia ella, alargó la mano y después se quedó mirándola de forma extraña, como si no recordara haber hecho tal movimiento. Entonces, acarició la cabeza del caballo, lentamente, como si estuviera hipnotizado.

—Te vi —dijo Kenny—. Vi lo que hiciste.

—¿Dónde está Janet?

Kaye no sabía bien a qué se refería el muchacho. Si no fuera por la seriedad de su rostro, por su lentitud al hablar, habría pensado que Kenny se estaba burlando de ella.

Kenny acarició las crines del animal.

—Janet estaba preocupada por ti —indicó. Kaye se sentía fascinada por la mano del chico, no podía evitarlo. Daba la impresión de que se enredaba en pelo imaginario—. ¿Cómo lograste que hiciera eso?

—¿A qué te refieres?

Kaye empezó a sentirse asustada. Asustada y halagada al mismo tiempo. El rostro de Kenny no mostraba señal alguna de estar de broma. La miraba con tanta intensidad que parecía como si su capacidad de expresión se hubiese agotado.

—Vi cómo se levantaba.

La voz de Kenny era tan baja que Kaye casi pudo simular que no lo oía bien. Él dejó caer la mano sobre el muslo de Kaye. Aunque ella era consciente del lento avance de la mano, la caricia la cogió por sorpresa. Se quedó paralizada por un instante. Entonces, se bajó de un salto del caballo y, al hacerlo, éste se desplomó y volcó la botella de *bourbon*. El oscuro líquido se derramó sobre

su abrigo y humedeció la base de las cajas polvorientas, como si de una marea nocturna se tratara. Kenny la sujetó con fuerza y, antes de que Kaye pudiera darse cuenta, la agarró por el cuello de la blusa. Ella dio un paso atrás, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Su blusa se rasgó dejando su cuerpo al descubierto.

Entonces, se escucharon pisadas que subían los escalones.

—¿Qué pasa aquí?

Marcus estaba en lo alto de la escalera con Doughboy y se disponía a averiguar qué estaba ocurriendo.

Kenny negó con la cabeza y miró inexpresivamente a su alrededor mientras Kaye se acercaba gateando hasta su abrigo empapado de *bourbon*.

Los dos chicos se apartaron, y allí estaba también Janet, mirando la escena fijamente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Janet, que miraba, confundida, a uno y otro.

Kaye pasó de largo precipitadamente mientras se echaba el abrigo por encima y metía un brazo por la manga.

—¡Kaye! —gritó Janet.

Ignoró la llamada de su amiga y bajó los escalones de dos en dos, a pesar de la oscuridad reinante. No tenía explicación alguna para lo que había sucedido.

Kaye oyó cómo Janet gritaba:

—¿Qué le has hecho? ¿Qué narices le has hecho?

Kaye atravesó corriendo la sala del tiovivo y saltó por encima del alféizar. El cristal que antes había esquivado

le hizo esta vez un fino corte en la parte exterior del muslo al caer sobre el suelo arenoso.

Sintió alivio al notar el viento frío sobre su cara ardiente.

Cornelius Stone recogió la caja llena de piezas viejas de ordenador y la metió en su habitación para ponerla junto a las otras. Con frecuencia su madre regresaba del mercadillo con un monitor rayado, un teclado atascado o, sencillamente, montones de cables... Entonces, ella ponía esa cara expectante que tanto exasperaba a Cornelius. La mujer era incapaz de entender la diferencia entre un 286 y un ordenador cuántico. No llegaba a comprender que la era de la ingeniería de andar por casa había terminado, que ya no era suficiente con ser un maldito genio. Había que ser un maldito genio rico.

Soltó la caja en el suelo e, irritado, le dio tres patadas. Después recogió su cazadora vaquera con la cabeza del diablo en la espalda y se encaminó hacia la puerta.

—¿Te sirve lo que te he traído, cariño? —su madre estaba en el cuarto de Janet, doblando los vaqueros de segunda mano que le había comprado. Sujetó en alto una camiseta con figuras de gatos realizadas con diamantes de imitación—. ¿Crees que le gustará a tu hermana?

—Gracias, mamá —dijo Corny apretando los dientes—. Tengo que irme a trabajar.

Pasó junto al marido, que estaba agachado, sacando una cerveza de la caja situada bajo la mesa de la cocina.

La gata blanca se contoneaba sobre la encimera, con la tripa hinchada por otro embarazo, y maullaba pidiendo comida enlatada, o encurtidos con helado, o algo parecido. Corny le frotó la cabeza a regañadientes, pero antes de que el animal pudiera devolverle la caricia, el muchacho salió al exterior.

El fresco aire de octubre resultaba agradable en contraste con el ambiente cargado de humo de tabaco que se respiraba en la casa.

A Corny le encantaba su coche. Era un Chevrolet, con la carrocería repleta de manchas de óxido y un forro interior que colgaba del techo como si de piel flácida se tratase. Corny era consciente de su propio aspecto físico: de nariz afilada, alto y esmirriado, con pelo pobre y pésimo cutis. Apropiado para su nombre. Cornelius. Corny. Un adefesio. Pero en su coche, no. Dentro de su automóvil, Corny era un ser anónimo.

Durante las últimas tres semanas, Corny había salido un poco más temprano rumbo al trabajo. Iba al supermercado y compraba algo de comida. Entonces, daba vueltas en el coche, pasaba lentamente junto a los tugurios de la ciudad e imaginaba que se deshacía de toda aquella gente a la que no soportaba.

—*¡Bang!* —decía en voz baja, con las ventanillas subidas, mientras un chico de cabello castaño, con aspecto fornido y una gorra de béisbol colocada hacia atrás, se acercaba corriendo hasta unas muchachas que reían nerviosamente tras los cristales de una furgoneta roja—. *¡Bang, bang!*

Aquella noche compró una taza de café y un paquete de regaliz negro. Se paró a hojear un libro de bolsillo con un dragón metálico grabado en la portada y leyó las primeras frases, con la esperanza de que alguna suscitara su interés. El juego empezaba a aburrirle. Peor aún, le hacía sentirse más patético que nunca. Quedaba poco más de una semana para Halloween; era el momento en el que un auténtico maníaco conseguiría una pistola. Dio un sorbo de café, y estuvo a punto de escupirlo. Demasiado dulce. Bebió un poco más, e intentó ignorar el sabor. Repugnante.

Corny salió del coche y arrojó el café al suelo del aparcamiento. El líquido salpicó contra el asfalto. Entonces, entró de nuevo en el local y se sirvió otra taza. Desde detrás del mostrador, una mujer de aspecto robusto y maternal, con cabello rojo y encrespado, lo miró de arriba abajo y señaló su cazadora.

—¿Quién se supone que eres? ¿El diablo?

—Ojalá —dijo Corny, mientras dejaba el dinero sobre el mostrador—. Ojalá.



CAPÍTULO DOS





LAS PIEDRAS ERAN CORTANTES
Y EL VIENTO GOLPEABA MI ESPALDA.
CAMINABA POR LA CARRETERA,
AVANZANDO LENTAMENTE, COMO UN GATO.

THEODORE ROETHKE
PRAISE TO THE END!



El viento lanzaba diminutas gotas de lluvia sobre el rostro de Kaye. El agua le congelaba las manos, le empapaba el cabello y se deslizaba bajo el cuello de su abrigo. Tiritando de frío, Kaye caminaba con la cabeza gacha, mientras daba patadas a la basura que se había arremolinado en los arcones cubiertos de hierba de la carretera. Una lata de refresco aplastada fue a caer sobre un ramo de crisantemos que había sido colocado para marcar el lugar de un accidente de tráfico. En aquel lado de la carretera no había edificios, tan sólo una larga extensión de bosque que conducía a una gasolinera. Kaye se hallaba a medio camino de casa.

Al pasar sobre el asfalto, los coches emitían una especie de silbido. El sonido resultaba reconfortante, recordaba a un suspiro profundo.

“Te vi. Vi lo que hiciste”.

Kaye notaba cómo el horror le revolvió el estómago. El horror y la rabia. Sentía deseos de destrozar algo, de golpear a alguien.

¿Cómo había podido hacerlo? Siempre que había intentado que las páginas de una revista pasasen solas o que un penique lanzado al aire cayese por un lado determinado, había fracasado. ¿Cómo había logrado que Kenny viera moverse un caballo de tiovivo con las patas mutiladas?

También tendría que convencerse de que Spike, Lutie y Gristle sólo habían sido, efectivamente, producto de su imaginación. Llevaba en casa dos semanas y no había recibido señal alguna de ellos, a pesar de que los había llamado innumerables veces, les había dejado cuencos de leche a la puerta de la casa y había bajado una y otra vez al riachuelo.

Aspiró profundamente, y la lluvia le entró por la nariz, como si estuviera llorando.

Los árboles parecían formar con sus ramas un entramado de plomo en el que faltasen las vidrieras. Kaye sabía lo que su abuela le iba a decir cuando llegase a casa apesadando a alcohol y con la blusa rasgada. Se pondría furiosa. También meditaba sobre lo que le diría a Janet al día siguiente. No había modo alguno de explicar lo que había sucedido sin admitir parte de culpa. La mano de Kenny sobre su pierna era lo que haría enfadar a su amiga —eso, y que Kaye había permitido que permaneciera allí, aunque sólo fuera por unos instantes—. Podía imaginar lo que Kenny, excitado, furioso y borracho, le estaba contando a

Janet en aquel mismo momento. Pero por burda que fuera la mentira, siempre sonaría mejor que la realidad.

“Vi cómo se levantaba”.

Pero incluso aunque Kenny no hubiese llegado a tanto, ¿quién iba a creer que la había acariciado a propósito, pero que había rasgado la blusa de Kaye por accidente? No, seguro que Kenny había contado una historia bien distinta. ¿Qué se suponía que tenía que decir cuando Janet la interrogase sobre lo que había ocurrido? Janet ya la consideraba una mentirosa.

Kaye aún sentía el calor de la mano de Kenny, un latigazo de fuego que le subía por el muslo, en contraste con su piel empapada.

Otra ráfaga de lluvia le golpeó las mejillas, y con ella llegó un alarido que procedía del bosque. El grito fue breve, pero indicaba dolor. Kaye se detuvo en seco. No se escuchaba ningún sonido, con excepción de la lluvia, que siseaba como una interferencia estática.

Entonces, en el mismo instante en el que pasaba un camión levantando una nube de llovizna, Kaye escuchó otro sonido. Éste era más tenue, tal vez se asemejaba a un quejido. Procedía del interior de la arboleda.

Kaye bajó por el talud del arcén de la carretera y se adentró en el bosque. A su paso se topó con las ramas empapadas de un olmo y tuvo que sortear matorrales de brezo. El suelo estaba cubierto por hojas de helecho. La maleza le rozaba las pantorrillas, dejando trazos de lluvia. El cielo, iluminado por la tormenta, bañaba el bosque de plata. De pronto, pisó un montón de hojas del que

emanó un penetrante olor a tierra, el olor dulzón propio de las plantas en proceso de descomposición.

Allí no había nadie.

Kaye se giró en dirección a la carretera, que aún podía ver desde donde se encontraba. ¿Qué estaba haciendo? Seguro que aquel sonido había sido arrastrado por el viento y procedía de las casas situadas tras el riachuelo que discurría al fondo de la arboleda. Nadie sería tan estúpido como para aventurarse por el bosque empapado en medio de la noche.

Kaye volvió sobre sus pasos, intentando sortear los charcos del camino. Las medias se le habían llenado de espinas, y se agachó para quitárselas.

—No te muevas.

Kaye dio un respingo. Aquella voz tenía un marcado acento extranjero, aunque pronunció las palabras con precisión.

A pocos pasos de Kaye, un hombre yacía sobre el barro y asía en una mano una espada curvada. La hoja brillaba como una medialuna en la nebulosa oscuridad. El cabello, largo y de color gris metálico, se le pegaba al cuello y enmarcaba su rostro, alargado y anguloso. Regueros de lluvia corrían por la negra coraza articulada que llevaba puesta. Tenía la otra mano sobre el corazón, y agarraba una rama que le salía directamente del pecho. Alrededor de su mano, la lluvia adquiriría un tinte rosáceo a causa de la sangre.

—¿Fuiste tú, muchacha? —el hombre respiraba con dificultad.

Kaye ignoraba por completo a qué se podía referir, pero hizo un gesto de negación con la cabeza. Aquel individuo no parecía tener mucha más edad que ella. Desde luego, no era lo bastante mayor como para llamarla “muchacha”.

—Entonces, ¿no has venido a terminar con mi vida?

Kaye negó otra vez. El hombre tenía las piernas largas. De pie, resultaría alto. Más alto que la mayoría de la gente, más aún que ningún ser fantástico que Kaye hubiera visto jamás —estaba convencida de que aquel individuo procedía del mundo de las hadas, aunque sólo fuera por las orejas puntiagudas que sobresalían a través del cabello empapado—, y su hermosura era fascinante.

El extraño ser se pasó la lengua por los labios. Estaban manchados de sangre.

—¡Lástima! —dijo con un hilo de voz.

Kaye dio un paso hacia él, y éste adoptó de inmediato una postura defensiva. A pesar de encontrarse herido, se movía con sorprendente agilidad. Por la cara le caían mechones de pelo; pero sus ojos, brillantes como el mercurio, estaban clavados en Kaye.

—Eres un ser fantástico, ¿no es así? —preguntó Kaye en tono conciliador, al tiempo que alargaba las manos para que él pudiera verlas. Lutie-loo le había relatado historias sobre los caballeros de las cortes de las hadas, pero Kaye nunca los había visto. Quizá aquel ser fuera uno de ellos.

Él permaneció inmóvil. Kaye se acercó un poco más y extendió una mano con cautela, como si se tratase de un animal fascinante y peligroso.

—Déjame ayudarte.

El cuerpo del ser mágico temblaba por la tensión. Sus ojos no se apartaron un solo instante del rostro de Kaye. Sujetaba la empuñadura de su espada con tanta fuerza que los nudillos se veían transparentes.

Kaye no se atrevió a dar otro paso adelante.

—Vas a desangrarte hasta morir.

Ambos permanecieron inmóviles unos minutos, y entonces él se incorporó e hincó una rodilla en el barro. Se inclinó hacia delante, agarró las hojas muertas del suelo y comenzó a escupir sangre. Las pestañas, empapadas, cubrían sus ojos medio cerrados y eran tan plateadas como un alfiler.

Kaye avanzó dos pasos y se arrodilló junto a él mientras se agarraba los brazos con manos temblorosas. Al estar tan cerca, se percató de que la armadura era de cuero rígido y estaba tallada con motivos de plumas.

—No puedo quitarme la flecha yo solo —dijo con voz suave—. Están esperando a que me desangre un poco más antes de venir a atacarme con sus espadas.

—¿De quiénes hablas?

Resultaba difícil imaginar que alguien le hubiera alcanzado el corazón con la rama de un árbol, pero eso era lo que aquel ser fantástico daba a entender.

—Ayúdame, por favor. Arranca la flecha —sus ojos se empequeñecieron, e hizo un gesto de negación con la cabeza—. Si no lo logras, empújala lo más hondo que puedas; confío en que así puedas matarme.

—Perderás aún más sangre —dijo Kaye.

Él soltó una carcajada no exenta de amargura.

—Claro que perderé sangre, tanto si arrancas la flecha como si la empujas hacia adentro.

Kaye advirtió la desesperación en el rostro que tenía delante. Sin duda, aquel ser creía que Kaye formaba parte de un plan para matarlo. Con todo, se arrastró hasta quedar apoyado en el tronco de un roble, y se sujetó con fuerza los brazos, como esperando ver cómo actuaría Kaye.

Ella recordó las hadas que había conocido siendo niña. Eran seres ágiles y traviosos que nunca le hablaron de guerras, flechas mágicas ni enemigos. En ningún momento se mencionaron palabras como mentira o traición. El extraño con forma de hombre que se estaba desangrando junto a ella le había demostrado la percepción tan equivocada que había tenido hasta entonces sobre aquel mundo fantástico.

Sin que Kaye pudiera evitarlo, sus dedos se contrajeron al acercarse al pecho del guerrero. Cuando clavó la vista en la espantosa herida, los pulmones se le convirtieron en hielo.

—No soy capaz de hacerlo.

Él habló con voz suave.

—¿Cuál es tu nombre?

—Kaye —contestó ella.

Durante unos instantes reinó el silencio, y Kaye notó el vapor de su respiración al pronunciar el nombre.

—Yo soy Roiben —los seres del mundo de las hadas no accedían con facilidad a decir su nombre, ni siquiera

parte de él, por motivos que Kaye ignoraba. Roiben intentaba demostrarle que confiaba en ella; tal vez lo hacía en desagravio por las sospechas que anteriormente había albergado—. Dame la mano.

Kaye permitió que tomase su mano y la guiase hasta la rama. La mano de Roiben se cerró sobre la suya. Al igual que la de Kaye, estaba helada y empapada. Los dedos eran inusitadamente largos, comparados con los de un ser humano, y estaban llenos de callosidades.

—Sólo tienes que agarrar la rama con la mano. Después, déjame tirar a mí —dijo Roiben—. No es necesario que mires. Tal vez logre extraerla, siempre y cuando no la toque con mi propia mano.

Kaye se sintió avergonzada. Se había ofrecido a ayudarlo, él estaba sufriendo un dolor insoportable. No era momento para remilgos.

—Yo lo haré —dijo Kaye.

Roiben le soltó la mano, y ella dio un tirón brusco. Aunque el rostro de él se contorsionó de dolor, Kaye sólo logró sacar una pequeña parte de la rama.

¿Habría realmente otros seres fantásticos en el bosque, esperando a que Roiben estuviera lo suficientemente débil como para acabar con él? Kaye pensó que, de ser así, aquél era el momento ideal para que lanzaran su ataque.

—Otra vez, Kaye.

Esta vez Kaye se fijó en el ángulo de la armadura, y cambió de posición para que la rama no quedase atrancada en una de las planchas. Se incorporó al tiempo que se

apoyaba sobre una rodilla; contuvo el aliento y, acto seguido, se puso de pie, tirando de la rama con todas sus fuerzas.

Roiben soltó un grito desgarrado cuando la rama salió de su pecho. La punta de hierro estaba teñida de rojo. Se palpó la herida, e inmediatamente levantó los dedos, pegajosos por la sangre, como si de repente no diese crédito a que le habían herido casi de muerte.

—Muy valiente —dijo mientras posaba sus dedos húmedos sobre la pierna de Kaye.

Ella arrojó la rama lo más lejos que pudo. Estaba temblando, y en la boca notaba un ligero sabor a sangre.

—Tenemos que cortar la hemorragia. ¿Cómo se quita esta armadura?

En un primer momento dio la impresión de que Roiben no la entendía. Tan sólo la miraba con expresión de incredulidad. Entonces, se inclinó hacia ella y dejó escapar un gemido.

—Correas —acertó a decir.

Kaye se colocó tras la espalda de Roiben, y palpó la bruñida armadura en busca de hebillas. Un repentino soplido de viento hizo temblar las ramas que tenían sobre ellos y arrojó un chaparrón de gotas de lluvia, lo que hizo recordar a Kaye la relación entre las hadas y los árboles. Sus dedos se movían torpemente por causa de la prisa. Si aquellos seres fantásticos todavía temían a Roiben, en poco tiempo no tendrían por qué preocuparse, pues Kaye estaba convencida de que de un momento a otro el herido se desmayaría.

Logró retirar la pechera separándola de la coraza de la espalda y desabrochando las hebillas situadas en los hombros y los costados; también había correas que la conectaban con las hombreras y las perneras de la armadura. Cuando por fin consiguió ver su piel desnuda, ésta se encontraba cubierta de sangre.

Roiben echó hacia atrás la cabeza y cerró los ojos.

—Deja que la lluvia limpie la herida.

Kaye se quitó el abrigo y lo colgó de una de las ramas del árbol. Su blusa ya estaba rasgada, se recordó a sí misma mientras se la quitaba. Rompió la prenda en tiras largas, y comenzó a enrollarlas alrededor del pecho y los brazos de Roiben. Él abrió los ojos al notar el tacto de las manos de Kaye. Sus ojos se encogieron y, al instante, se dilataron. Tenían un color fascinante.

Roiben se incorporó, horrorizado.

—Ni siquiera escuché cómo rasgabas la tela.

—Tienes que mantenerte despierto —las mejillas de Kaye estaban ardiendo, y la lluvia fría resultaba reconfortante—. ¿Existe algún lugar donde puedas acudir?

Él negó con la cabeza. A tientas, recogió del suelo una hoja y la restregó por la parte interior de la pechera de su armadura. La hoja se tiñó de un rojo intenso.

—Deja caer esta hoja en el arroyo. Allí hay un *kelpie*. No estoy seguro de poder controlarlo con este tiempo lluvioso, pero al menos quiero intentarlo.

Kaye asintió con la cabeza rápidamente. Aunque no tenía ni idea de qué podría ser un *kelpie*, se dispuso a tomar la hoja en sus manos.

Roiben no la soltó de inmediato.

—Estoy en deuda contigo. Me disgusta no saber cómo compensarte.

—Tengo preguntas...

Roiben le entregó la hoja.

—Contestaré a tres de ellas, con tanto detalle como me sea posible.

Kaye asintió. Como un cuento de hadas. Estupendo. De todas formas, en realidad no deseaba nada de él.

—Cuando dejes caer la hoja sobre el agua, di que Roiben de la Corte Oscura solicita ayuda.

—¿A quién se lo digo?

—Sólo pronuncia las palabras en voz alta.

Kaye asintió otra vez, y se dirigió corriendo hacia el agua. La orilla inclinada del riachuelo estaba repleta de vegetación y de cristales rotos. Las raíces, ahora despojadas del barro que debiera cubrir las, se asentaban sobre la orilla como cestas boca abajo, o bien se extendían por el suelo como pálidos brazos de cadáveres a medio enterrar. Kaye intentó reprimir tales pensamientos.

Se puso en cuclillas y colocó la hoja, con la sangre hacia abajo, sobre la superficie del agua. La hoja se quedó allí flotando, y al momento se giró ligeramente. Kaye pensó que tal vez estuviera demasiado cerca de la orilla, y empezó a soplar para alejarla.

—Roiben de la Corte Oscura solicita ayuda —dijo Kaye, con la esperanza de haber pronunciado las palabras correctas. No sucedió nada. Kaye repitió la frase, esta vez

más alto, sintiéndose ridícula y asustada al mismo tiempo—. Roiben de la Corte Oscura solicita ayuda.

Una rana salió a la superficie y empezó a moverse en dirección a Kaye. ¿Tendría algo que ver con un *kelpie*? ¿Qué clase de ayuda podía provenir de un riachuelo sucio y poco profundo?

Entonces, Kaye comprendió que se había equivocado. Lo que había tomado por los ojos de una rana eran en realidad dos cavidades huecas que temblaban ligeramente a medida que *algo* atravesaba el agua nadando hacia ella. Kaye deseaba salir corriendo, pero la fascinación que la embargaba y el sentido del deber la mantuvieron inmóvil. Las cavidades resultaron ser las ventanas de la nariz de un caballo negro, que surgió de las aguas como si hubiera sido creado por ellas. Por sus lomos se deslizaban trozos de musgo y también barro; poco a poco, el animal giró la cabeza para observar a Kaye con sus resplandecientes ojos blancos.

La muchacha no fue capaz de mover un músculo. Perdió la cuenta del tiempo que transcurrió mientras observaba aquellos flancos moteados de gris, suaves como la piel de foca, y aquellos ojos que emitían un brillo imposible. La criatura inclinó el cuello.

Kaye dio un paso hacia atrás e intentó hablar. No acertó a articular palabra.

El animal se acercó, resollando, hasta Kaye. Sus pezuñas se clavaban en el barro y aplastaban las ramas. Desprendía un olor a agua salobre. Con sumo cuidado, Kaye dio otro paso hacia atrás; pero tropezó.

Tenía que decir algo.

—Éste es el camino —logró balbucear finalmente, y señaló a través de los árboles—. Roiben está allí.

El caballo se movió en la dirección que Kaye señalaba, y empezó a trotar. Kaye se dispuso a seguirlo. Se sentía tan aliviada que comenzó a temblar. Cuando llegó al claro del bosque vio a Roiben ya montado a lomos del caballo. Alguien había abrochado torpemente la pechera de su armadura. Kaye soltó de repente el aire que, sin darse cuenta, había retenido en los pulmones.

Roiben vio a Kaye aparecer por debajo del entramado de ramas y sonrió. A la luz de la Luna, los ojos de aquel extraño ser parecían más oscuros.

—Si estuviese en tu lugar, de ahora en adelante me mantendría alejado del mundo de las hadas. Somos gente caprichosa, con poco aprecio por los mortales.

Kaye lo miró otra vez. En su armadura había arañazos que no recordaba haber visto antes. ¿Lo habrían atacado? Poco antes, Roiben apenas había sido capaz de levantar la cabeza. Era imposible pensar que se hubiese enfrentado en combate.

—¿Qué ha ocurrido?

La sonrisa de Roiben se intensificó, y el cansancio se le borró del rostro. Sus ojos centellearon.

—No malgastes tus preguntas.

Entonces, el caballo inició la marcha. Sus movimientos eran diferentes a los de cualquier otro animal. Pasaba velozmente entre los árboles, con agilidad y elegancia sobrenaturales. Las hojas revoloteaban a su paso y la luz de la Luna se reflejaba en él.

Antes de que pudiera darse cuenta, Kaye se encontró sola en el bosque. Sola, temblorosa y orgullosa de sí misma. Hizo un movimiento para recoger el abrigo, y percibió un destello metálico: la flecha.

Se arrodilló y recogió la rama con la punta de hierro. Con un dedo, tocó la rugosa corteza y el metal, aún caliente. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, y arrojó la flecha sobre el barro. De repente, el bosque adquirió un aspecto amenazante, y Kaye empezó a caminar hacia la carretera tan rápido como podía. Pensó que si empezaba a correr tal vez no se sentiría capaz de parar.

Kaye hincó los pies en el desnivel enfangado que marcaba el extremo del césped de casa de su abuela, y se impulsó hacia arriba. Pasó junto al abarrotado contenedor de basura, el Ford Pinto averiado y las latas de café oxidadas que, unidas con cable, servían de valla al marchito jardín de hierbas medicinales.

Parecía que todas las luces de la casa estuvieran encendidas y resaltasen las cortinas mugrientas. En la sala de estar, donde se encontraba el televisor, parpadeaban luces azuladas.

Kaye abrió la puerta trasera, y entró en la cocina. En el fregadero se apilaban cazuelas y sartenes con restos de comida. Se suponía que Kaye tenía que lavarlas. Sin embargo, se dirigió al armario y sacó un cuenco; lo llenó de leche y añadió un mendrugo de pan blanco. “Será suficiente”, pensó mientras abría con cuidado la puerta y colocaba el cuenco en el escalón. Después de todo, lo más

normal era que sólo vinieran a por la leche los gatos del vecindario.

Kaye entró en la sala de estar sin hacer ruido.

Al otro lado de la escalera, Ellen estaba sentada frente al televisor tomando una de las chokolatinas que la abuela había comprado para dar a los niños que se presentasen la noche de Halloween.

—Déjame en paz de una puñetera vez —murmuró Ellen con los ojos fijos en la bebida que tenía ante sí.

—Te crees que yo no sé nada. De acuerdo, tú eres la inteligente —dijo la abuela con esa voz melosa que tanto irritaba a Kaye—. Ya que eres tan lista, ¿cómo es que estás completamente sola? ¿Cómo es que tantos hombres se aprovechan de ti y después te dejan tirada? ¿Cómo es que la única persona que te acoge es tu vieja y estúpida madre?

—Ya he oído la misma cantinela un millón de veces.

—Bien, pues vas a oírlo otra vez —replicó la abuela de Kaye—. ¿Dónde ha ido tu hija esta noche? ¡Es casi la una de la madrugada! ¿Te ha importado alguna vez que ande campando por ahí, quién sabe en compañía de quién, esforzándose por parecerse a...?

—¡No te metas con mi hija! —exclamó la madre de Kaye con inusitada vehemencia—. Está perfectamente. Déjala en paz.

Kaye inclinó la cabeza y empezó a subir las escaleras lo más rápida y silenciosamente posible.

Vio su propio reflejo en el espejo del vestíbulo. En las mejillas y bajo los ojos tenía churretes de maquillaje;

daba la impresión de haber estado llorando. El carmín de los labios se había corrido y embadurnaba su mejilla izquierda. Kaye debía de haberlo arrastrado con la mano.

Se giró y miró furtivamente a la sala de estar. Ellen captó su mirada, puso los ojos en blanco y, con la mano, hizo un gesto clandestino hacia la parte superior de las escaleras.

—Mientras Kaye viva en esta casa tendrá las mismas normas que tú tuviste a su edad. No me importa que haya pasado los últimos seis años en un apartamento plagado de ratones, conviviendo con tu novio de turno. A partir de ahora esa chica va a ser educada de manera decente.

Kaye subió en silencio los últimos escalones y entró en su dormitorio. Cerró la puerta con el mínimo ruido posible. El diminuto tocador de color blanco y la cama, demasiado corta, parecían pertenecer a otra persona. Sus ratones, Isaac y Armageddon, se movían en la pecera colocada en lo alto del viejo cajón de los juguetes.

Kaye se quitó la ropa y, sin importarle el barro ni el agua que le cubrían el cuerpo, se metió en la minúscula cama. Se envolvió con una manta y encogió las piernas, que le sobresalían del colchón. Kaye conocía bien lo que era la obsesión. Había visto cómo su madre anhelaba ardientemente la fama y se entregaba a hombres que la trataban como a basura. Kaye no quería amar a nadie que no pudiera conseguir.

Sin embargo, sólo por aquella noche, se permitió pensar en él, en el modo solemne y formal en el que se

había dirigido a ella, tan distinto al de cualquiera que Kaye hubiese conocido. Se permitió recordar sus ojos centelleantes y su sonrisa burlona.

Entonces se sumió en un profundo sueño, y sintió como si el agua la rodeara y envolviese su cabeza.

